



ANTENOR ORREGO ESPINOZA, ESPERANZADO FORJADOR DE REALIDADES

Una aproximación al animador intelectual
y al filósofo social

Hugo Vallenas Málaga

Director de la Red Virtual Ojo Izquierdo

*El iluso, cazador de utopías, acaba en escéptico
y en reaccionario.*

*El esperanzado, forjador de realidades, es
siempre un creador, un espíritu militante de la
belleza, de la bondad, de la perfección y de la
justicia.*

*La esperanza es sabiduría que cada día se
acrecienta, se afina, se agudiza.*

Antenor Orrego: *El monólogo eterno* (1929).

ANTENOR ORREGO ESPINOZA (nacido en la hacienda Montán, Chota, el 22 de mayo de 1892 y fallecido en Lima el 17 de julio de 1960) tiene un alto sitio en la historia de la cultura peruana y en la historia de las ideas políticas de nuestro país. La cercana conmemoración del 120 aniversario de su nacimiento, obliga a recordar sus amplios méritos y, sobre todo, a reencontrarnos con sus ideas.

1. ESCRITOR Y PERIODISTA DE TALENTO MÚLTIPLE

En los diccionarios biográficos peruanos Antenor Orrego suele ser etiquetado como “escritor y periodista”. Esta descripción resulta insuficiente. Conocemos otros escritores y periodistas. Se

caracterizan por desarrollar una actividad individualista, pugnando por ocupar un lugar destacado en los medios de comunicación. Orrego no calzaba en ese modelo. Destacó nítidamente como un comunicador que buscaba innovar los medios y organizar iniciativas culturales que desafíen el orden establecido. Y Trujillo fue su gran centro de operaciones.

Debemos a Antenor Orrego la organización del primer espacio libre de difusión y discusión de ideas de avanzada en el diario “La Reforma” de Trujillo, en 1914.

Desde esa tribuna periodística unió a los diversos exponentes de una inquieta generación de escritores y artistas trujillanos—como César Vallejo, Macedonio de la Torre, Alcides Spelucín y Víctor Raúl Haya de la Torre— en torno a ideas y actitudes renovadoras.

La agrupación que Orrego ayudó a formar, llamada por ellos mismos “Grupo Norte” (aunque la prensa de Lima dio en llamarla “La Bohemia de Trujillo”) fue el más alto baluarte de lo que hoy se da en llamar “la revolución de las provincias en las artes y las letras”, ocurrida en la década de 1910 y 1920, cuyos otros grandes exponentes fueron Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo, Arturo Peralta (“Gamaliel Churata”), los hermanos Reynaldo y Óscar

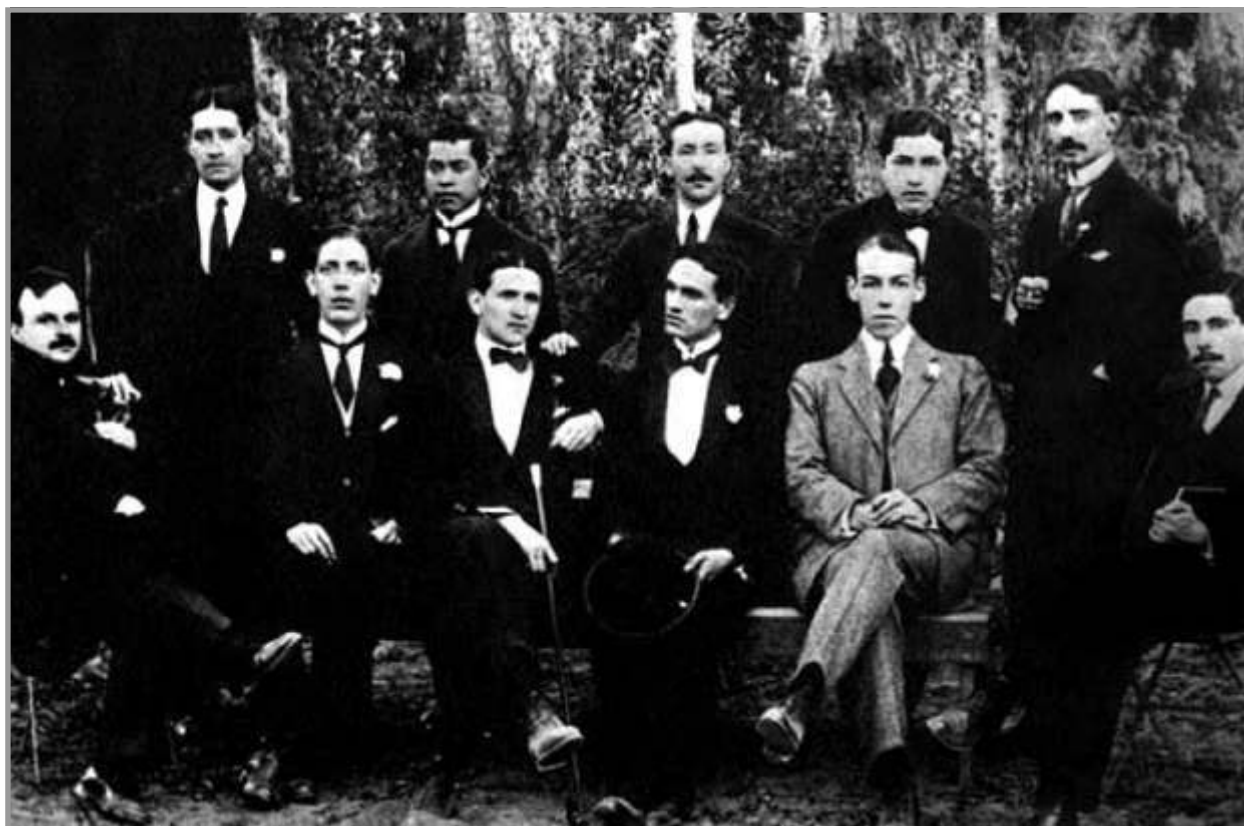
Bolaños (“Serafín Delmar” y “Julián Petrovick”) y Luis E. Valcárcel.

Mientras en Ica, Puno, Huancayo, Cusco y otras ciudades provincianas la nueva inquietud fue solamente una suma de individualidades o se ciñó a un credo contemplativo de su condición provinciana, el grupo trujillano de Antenor Orrego orquestó visiones vanguardistas y desplegó contornos políticos revolucionarios, que poco después se tradujeron en lo que los historiadores políticos denominan “el aprismo auroral”, esto es, el aprismo *indoamericanista* anterior a la fundación del Partido Aprista Peruano en 1930. Desde su lugar prominente como periodista de opinión y promotor cultural, Orrego es también considerado, con justo derecho, precursor y co-fundador de aquel

primer aprismo: audaz, radical y de fecunda imaginación literaria, que se desarrolló entre 1924 y 1930.

La actividad periodística de Antenor Orrego ha sido amplia y fructífera, siempre relacionada con la organización y difusión de inquietudes políticas y culturales de avanzada. Luego de ser el reorganizador y gran animador de los diarios “La Reforma” (1914) y “La Libertad” (1916) y la revista “La Semana” (1918), fundó y dirigió “El Norte” en 1923 (que logró publicarse hasta 1932) y sentó un precedente en términos de modernidad y coherencia informativa sin mengua de su identidad vanguardista y radical.

Sin abandonar Trujillo, la pluma de Antenor Orrego fue muy requerida en revistas limeñas de



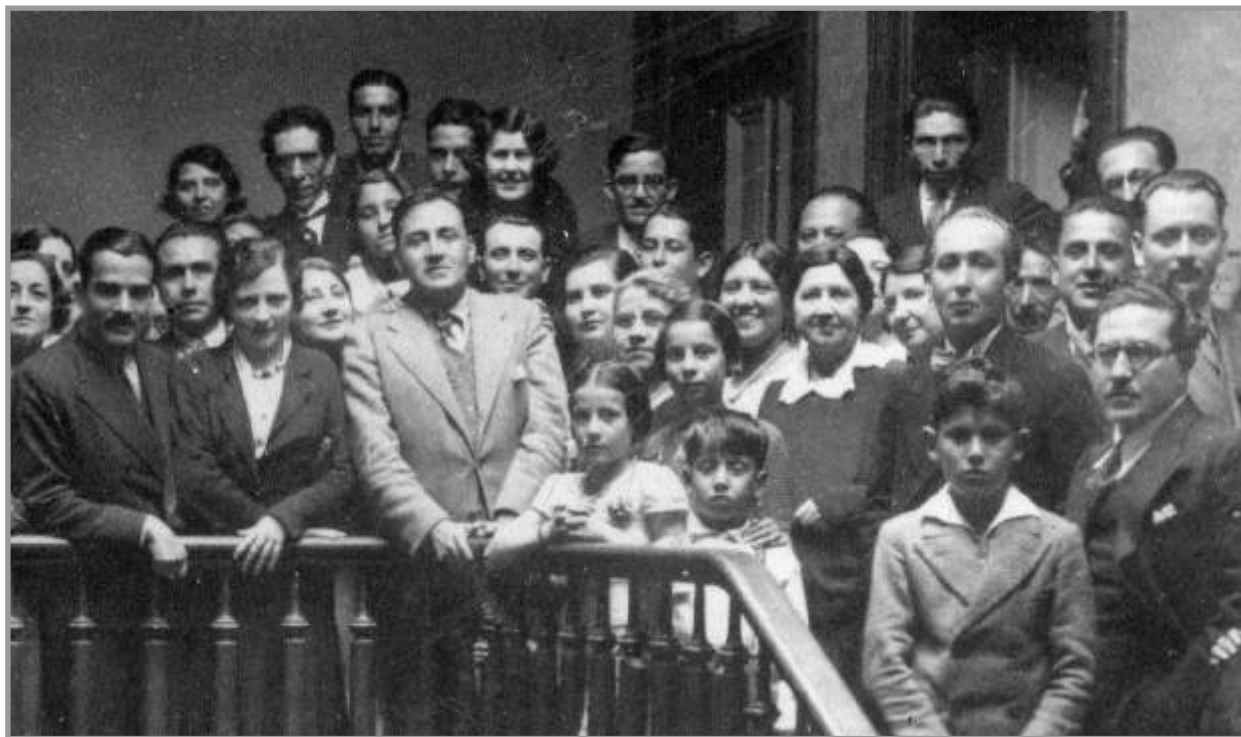
Antenor Orrego Espinoza y los inicios del "Grupo Norte" (1916).

De pie: Luis Ferrer, Federico Esquerre Cedrón, Antenor Orrego, Alcides Spelucín, Gonzalo Zumarán.

Sentados: José Eulogio Garrido, Juvenal Chávarry, Domingo Parra del Riego, César Vallejo, Santiago Martín y Óscar Imaña.

Antenor Orrego tenía 31 años cuando asumió la dirección de "El Norte". Federico Esquerre Cedrón fue el jefe de redacción y Alcides Spelucín fue director gerente. Las oficinas de "El Norte" estaban en la esquina de las calles

Progreso (hoy Francisco Pizarro) y La Libertad (hoy Mariscal Orbegoso).



Trujillo, campaña electoral aprista de 1931. Junto a Víctor Raúl están Luis Heysen y Zoila Victoria Haya de la Torre. En el lado derecho de la imagen están Alcides Spelucín (con lentes), Agustín Haya de la Torre (detrás) y al lado, Antenor Orrego.

gran circulación como “Mundial” y “Variedades” y en la legendaria “Amauta” de José Carlos Mariátegui, donde muchas veces sus artículos ocuparon un lugar destacado.

Sólo estuvo fuera de Trujillo cuando tuvo a su cargo las ediciones clandestinas de los voceros apristas “La Tribuna” y “La Antorcha”, entre 1932 y 1934, y cuando el infortunio político lo condujo a prisión. Fue también desde Trujillo que remitía su columna “Efigie del tiempo” al diario “La Tribuna” desde 1957, hasta que el debilitamiento de su salud lo obligó a permanecer en Lima.

Durante toda su vida profesional, desde 1914 hasta fines de los años 1950, Antenor Orrego siempre dedicó sus mayores energías profesionales al periodismo. Y destacó como líder de opinión, como director de diarios y también como gestor de empresas periodísticas. Lo fue no solamente en los comienzos de los años 20 y 30 con “El Norte”, sino también mucho después, en la época de 1956 a 1960, con “La Tribuna” e “Impacto”.

La extensa, fructífera y múltiple actividad periodística desarrollada por Antenor Orrego es de por sí un mérito excepcional en la historia del periodismo escrito de nuestro país.

2. ORIENTADOR Y PROMOTOR DE NUEVOS TALENTOS

Desde sus columnas periodísticas, Antenor Orrego fue un lúcido crítico de las artes y las letras y un promotor de inquietudes creativas. Tuvo una inusual perspicacia para la identificación del talento artístico juvenil y las posibilidades de expresión ofrecidas por las nuevas inquietudes estéticas.

En un medio literario con resabios señoriales –en Lima, Trujillo y Arequipa– y con críticos singularmente severos y displicentes hacia los jóvenes creadores, Orrego destacó como un entusiasta defensor de los nuevos talentos y las nuevas tendencias estilísticas, con tan buena fortuna que a él debemos que el “Grupo Norte” diera a la cultura

peruana un poeta inmortal, César Vallejo, en 1915, y un narrador sin parangón, Ciro Alegría, en 1930.

A esta labor identificadora y promotora del talento joven hay que añadir una faceta no menos importante en Orrego, cual es el rigor de su magisterio moral. Fue un hombre de sólida valía personal que predicó con el ejemplo y concitó la atención de los jóvenes trujillanos como orientador de vocaciones y como árbitro de lo que es justo y correcto. Antenor fue, en el más clásico sentido de la palabra, un Maestro de las juventudes trujillanas.

Sus enseñanzas y su ejemplo dejaron huella en varias generaciones. Un ejemplo cabal es el Grupo “Trilce”, formado hacia 1956, cuyo representante más activo, Teodoro Rivero-Ayllón, ha mantenido viva la llama creativa dejada por Antenor Orrego, César Vallejo, Ciro Alegría, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval y otros integrantes del “Grupo Nor-

te” en diversos libros. También formaron parte del Grupo “Trilce” el historiador Héctor Alva Centurión, el arqueólogo Cristóbal Campana y el literato Eduardo González Viaña.

Quienes conocieron a Orrego lo recuerdan como un cabal ejemplo de integridad, de indiferencia ante la sensualidad del poder y de permanente preocupación por los más necesitados. La temprana celebridad literaria y los altos cargos públicos nunca lo afectaron. Fue constituyente en 1931, senador en 1945-1948 y rector de la Universidad Nacional de Trujillo entre 1945 y 1948.

Su más importante magisterio moral lo realizó siendo militante del Partido Aprista y sufriendo prisión por abrazar dichas ideas entre 1932-1933, 1939-1945 y 1949-1956. Inculcó a sus compañeros de prisión optimismo, fe en los ideales y templanza ante la adversidad. Organizó con ellos seminarios de estudio y talleres artesanales rudimenta-



Antenor Orrego y algunos compañeros trujillanos, varios de ellos antiguos integrantes de La Bohemia, en la prisión de Casamatas, Callao, en junio de 1933, tras haber defendido el principio republicano del derecho popular a la insurgencia contra la dictadura. De izquierda a derecha: Belisario Spelucín, Aníbal Secada, Jorge Otiniano, Antenor Orrego Espinoza, Agustín Suegras, Porfirio Farromeque y Francisco Spelucín Vega. (Fotografía: Archivo familia Orrego Spelucín).

rios que definieron un modelo de comportamiento de los prisioneros apristas que hizo frente a la miseria y el abatimiento que pretendían infligirles sus carceleros.

Antenor Orrego condujo a muchos escritores y artistas hacia la militancia política. Pero también fue Maestro e inspirador de ejemplares luchadores sociales, como el célebre mártir del Partido Aprista, Manuel Arévalo, dirigente obrero libertario que fue constituyente en 1931 y muriera asesinado el 15 de febrero de 1937, luego de haber sido capturado por la policía de la dictadura de Benavides.

3. EL PERIODISMO COMO CREACIÓN LITERARIA

Hemos hecho un breve recuento de la obra de Antenor Orrego como organizador y difusor de diarios y revistas y hemos pasado revista a su actividad promotora de grupos juveniles talentosos. Veamos ahora aquella faceta de su obra intelectual que está directamente relacionada con el periodismo.

En toda esta trayectoria Antenor escribió mucho, trabajó mucho y se ocupó de todo tipo de temas. En la época de *La Reforma*, en los comienzos de su carrera, fue el redactor que se ocupaba de las crónicas internacionales. Siguió paso a paso el devenir de la Primera Guerra Mundial con gran minuciosidad, con gran conocimiento de la materia para su época. Es algo sorprendente. Al consultar esos artículos hoy en día se comprueba con asombro su dominio del tema y la madurez con que afronta en su juventud—22 años—un tema tan complejo.

Sin embargo, es todo lo que tiene que ver con la estética, con el arte, la literatura y el alma del artista, lo que más amaba de su producción. Fueron esos artículos los que escribió con más esmero, con más cariño y que siempre quiso publicar en una forma especial, reunidos en libros. Curiosamente, mucho de este trabajo periodístico, sobre todo el más reflexivo y vital, tiene carácter epigramático o aforístico. Está hecho en pequeñas fórmulas que pretenden ser lemas recordatorios.

El primer volumen de sus llamadas *aforísticas*—como él las llamaba—data de 1912 y aparecieron

en 1913 en un concurso literario en Lima, que él ganó en la parte de ensayo y que en la parte narrativa ganó Abraham Valdelomar con *El Caballero Carmelo*. Ese momento fue el inicio de una larga y fecunda amistad hasta donde lo pudo permitir la vida en el caso de Valdelomar, entre el narrador y el filósofo, que dio lugar también a una estrecha amistad de Abraham Valdelomar y el “Grupo Norte”, también conocido en Lima como “Bohemia de Trujillo”.

Dentro de estos artículos relacionados con la literatura, el alma del artista y el fomento de la estética, existe una colección de ensayos resultante de este trabajo que luego fueron publicados póstumamente bajo el título *Estación primera* (1961), que son justamente aquellos textos que se publicaron en la revista *Amauta* de José Carlos Mariátegui.

Es interesante constatar, cuando se consulta la colección de *Amauta*, que Antenor Orrego cada vez que publica allí un artículo en *Amauta* prácticamente preside el número, resulta ser el texto más destacado, más importante, así estén en el mismo índice Bernard Shaw, Anatole France, Miguel de Unamuno o el mismísimo Lenin. En 1930 hubo también un libro de Orrego en prensa que se llamaba *Helios*, con artículos relacionados con el arte, que no llegó a verse publicado por la muerte de José Carlos Mariátegui.

A diferencia de Luis Alberto Sánchez, que tenía como principal preocupación el vínculo del escritor con el paisaje, con lo étnico, con lo telúrico o con lo histórico propiamente dicho, Antenor Orrego tiene una gran preocupación por la introspección, la identidad, el yo, la manera como se ve a sí mismo el artista en relación a su ser humano.

Hay tres puntos esenciales que caracterizan a Orrego en este aspecto.

El primero de ellos es promover en el artista un sentimiento solidario, un sentimiento ético muy puro, pero también un sentimiento de audacia, de valentía ante la vida, de afrontar todo con entereza, incluso la adversidad. No se refiere a una simple invocación a la política o al compromiso revolucio-

nario en el escritor o el artista. Antenor tenía mucho respeto por el artista en cuanto a la pureza de su actividad, aunque él mismo era un hombre partidistamente comprometido. Lo que más le interesa en la creación intelectual y el arte es, sobre todo, cierta honestidad y cierta valentía esenciales. Esto es lo que dice por ejemplo, en “El canto del hombre”, texto aparecido en la revista *Amauta*, en octubre de 1926: “Hemos de caminar este camino y cuidado con que receles demasiado y seas temeroso, porque entonces la lágrima no saltará jamás y tu corazón se secará para siempre. Una y otra vez acepta la suerte y sal a la aventura”.

Un segundo punto es que su gran preocupación por la filosofía y por vivir la filosofía a nivel del artista. Pero no encara la filosofía como un sistema, como una cosa conceptual, como una cosa intelectual, sino como algo que puede ser vivencializado directamente por el artista, por el creador.

A Orrego le interesaba la filosofía como una ética virtuosa, provista de una serie de conceptos relacionados con esa actitud, abjurando de los sistemas escolásticos. En este aspecto prácticamente se anticipa al existencialismo. Dice al respecto en “El error de la filosofía”, artículo publicado en la revista *Amauta* en diciembre de 1926: “El error capital de la filosofía sistemática ha sido valerse de la razón para construir conceptos, cuando la razón es instrumento para suscitar o transmitir intuiciones. [...] Lo que comúnmente se llama filosofía, es el aparato o encadenamiento de razones o de conceptos para expresar una intuición o un conjunto de intuiciones. Pero la filosofía no es eso, la filosofía es la intuición misma que ilumina o aclara un sector de la vida o el cosmos”.

El tercer punto tiene que ver con el concepto de lo que él entiende como revolución. Para Orrego la revolución no solamente es un problema de políticos, sino es un problema de hombres y de un compromiso con nuestro ser esencial también. Escribe en el artículo “Racionalismo y revolución”, publicado en *Amauta* en febrero de 1927: “La vida no se transforma desplazándose hacia la pura racionalidad que sólo crea entelequias muertas. La vida se transforma y asciende categorizan-

do las realidades palpitantes. (...) No hay enemigo mayor de la revolución que la utopía. Los más grandes revolucionarios fueron siempre mentes lúcidas, hombres que han estado con los pies bien plantados en la realidad de su época, espíritus profundamente prácticos, de un eficaz y penetrante sentido político. (...) La revolución no abstrae ni pasma las percepciones nuevas sino que las vive, las incorpora y las mediatiza en el porvenir, las lucha y las conquista. La razón para no extraviarse ni extraviar al hombre debe incorporarse en una recia encarnadura humana. Fuera de ella se desvitaliza y desvitaliza la realidad. Debe criarse en el ánimo del hombre y el hálito del mundo. Debe ser, ante todo, historia humana y no desglose o bivalencia frenética de la vida”.

Es importante hacer hincapié en esta forma de ver la filosofía del arte y la función del artista por Antenor, porque su actitud hacia “La Bohemia de Trujillo”, no obstante ser mentor, maestro y crítico fraterno, no excluía ser un firme defensor de su propio punto de vista, porque él también escribía y era un literato destacado, aunque prefirió enfatizar la tarea del ensayo y la reflexión.

Como muestra de su propio talento literario, tenemos estas líneas de prosa poética amorosa de 1917 que merecen ser recordadas. Por ejemplo éstas, tituladas “Se acerca ella”, publicadas en el diario *La Reforma*, dedicadas a una mujer muy hermosa, muy querida, dicen: “Oigo tus pasos creadores, tus pasos amados que surgen desde la eternidad, junto con mis pensamientos al conjuro de mi corazón. Tus pasos que se deslizan hacia mi vida como las corrientes subterráneas de la linfa hacia la fuente; como los radios de un círculo hacia su centro; como los colores de la naturaleza hacia mis ojos; como los anhelos del mundo hacia la eternidad. Cuando percibo su música inédita y divina, se atropellan a mis labios mis canciones y siento que mi mocedad ha cumplido su espera”.

El crítico literario y el crítico filosófico de sus amigos poetas como Nixa, Francisco Xandóval, Alcides Spelucín, Eloy Espinoza y el propio Vallejo, era también un excelente creador y un excelente artista.

El personaje y el conflicto dramático en el teatro, la novela y el cuento

POR ANTENOR ORREGO

I.—NI EPISODIO NI ANECDOTA

Quizás parezca osada y paradójica la disconformidad de mi pensamiento con la teorización crítica y filosófica y con la realidad artística de lo que en el teatro, la novela y el cuento se denomina *caracteres dramáticos*. Trataré de precisar en este ensayo, con toda la penetración de que soy capaz, lo que pienso sobre un asunto que considero fundamental para la vitalidad del arte.

Una advertencia previa necesaria para aclarar mis puntos de vista. Mi posición no es relativista, es decir, no considero tanto lo que se ha realizado, cuánto *lo que ha debido realizarse*. Me refiero, sin duda al arte occidental, a la actividad literaria que arranca desde la extinción de la cultura romana, cuando los germanos del norte comienzan a establecerse en las regiones mediterráneas de Europa.

La tesis fundamental que planteo es que el arte dramático occidental se asienta en una concepción o, mejor en una *realidad*, no precisamente falsa o errónea, sino amputada, estrecha, mezquina.

El dolor y la vida humanos están fuera de toda convención, fuera de las unidades de espacio, de lugar y de tiempo. Nunca son un episodio o una historia, son un nacimiento y una muerte que presiden las estrellas y que decretan los dioses. La tragedia moderna la hacen los burgueses desde sus gabinetes muelles, frente a sus tablas de cotizaciones y ante las posibilidades de la taquilla. La tragedia antigua la hacía Edipo mismo. Nuestro drama clásico adolece, pues, de toda la falsedad del retoricismo occidental, de toda esa farandulesca garrulería que nos divierte, pero que no vitaliza nuestros actos, ni nuestra conducta ni nuestra vida. "El arte por el arte", concepción de juglar y de cómico. Mero *metier*, escenificación y espectáculo puro.

La acción novelesca y dramática en nuestra literatura ha sido, hasta ahora, esencialmente episódica y anecdótica. No son caracteres enteros los que ha creado el arte occidental; son girones, fragmentos de caracteres; parcelas aisladas y descuajadas de un conjunto. Lo único entero es lo negativo, la novela a lo Proust en que se presenta al personaje ordinario, aquel totalmente descaracterizado.

La médula central de un carácter, su alma mater, es el destino, el sino que gravita sobre sus espaldas. Nuestro arte nunca lo ha presentado íntegro y trabado, sino que ha tendido a descomponerlo en piezas, en simples episodios desarticulados, sustrados de su ambiente, de su hogar, de su contorno vital. Por lo general, son caracteres *anatomizados* y *atomizados*, polvo y átomos de caracteres.

Podemos citar, sin embargo, aciertos bastante logrados hacia un arte dramático integral en los que, por milagro del genio, se ha conservado el ambiente dramático: algunos tipos de Shakespeare, el Quijote de Cervantes, el Juan Cristóbal de Romain Rolland, algunos personajes de Pirandello.

El arte europeo ha hecho anecdótico el destino. La culpa es de esa irremediable frivolidad occidental que nos lleva hacia él por simple holganza o divertimento insustanciales, por aturdirnos como nos aturdimos con un espectáculo; por oficio o por acrobacia retórica y dialectica. Nos falta la seriedad atenta, la unción estremecida del creador. No sabemos todavía lo suficientemente que el arte es un ministerio sagrado y que, a cada paso, debemos pronunciar un ardido y trascendente *fiat lux*; todavía no hemos encontrado que somos dioses y que en nuestras manos tenemos todas las potencias que actúan en lo increado.



Antenor Orrego, or Essqui. II.

II.—REALIDAD Y NO COPIA, POSIBILIDAD Y NO REPETICIÓN

Si el arte no sirve para superar y rebasar la vida, ni sirve para nada. El verismo artístico no puede ser copia caico, sino una interpretación simbolizada y superada de lo real. No necesitamos repetir la naturaleza y la vida porque ya las tenemos. Sería necio y ocioso. Lo que necesitamos es comprenderlas y ganarlas para nuestra conciencia y para nuestra sensibilidad, engendrando nuevas categorías y tales. Precisa crear la nueva posibilidad de lo humano. La realidad es una posibilidad vencida y hecha sér y de lo que se trata es de vencer una nueva posibilidad humana realizándola. El arte es frágua de criaturas que acaso no existan para nuestro tacto todavía, pero que se y que se rán de carne y hueso cuando lleguen a infundirse en un envoltura corpórea. Quizás los héroes y los prototipos espirituales de mañana, antes de vencer su realidad extrahumana, antes de eclosionarse en un cuerpo o en una vida necesitan ser pensados y sufridos por el cerebro y el corazón del hombre. ¡Cuántos Quijotes después del Quijote cuántos Werthers después de Werther! Si bien es cierto que ambos son de una entrañada y eterna médula humana.

Y ese misterioso trasvasamiento de lo increado a la forma visible y palpable o, por mejor decir, a la realidad sensorial, es no sólo espiritual y ético, sino también plástico y pictórico. Algo hay de evidente en aquello de que la silueta del cuerpo humano varía en cada época, en cada grado de civilización y en que es pensada y realizada ante

Artículo de Antenor Orrego en el primer número de la revista «Amauta», dirigida por José Carlos Mariátegui, de setiembre de 1926.

El dibujo de Orrego es de Julio Esquerre Montoya, "Esquerriloff", integrante del "Grupo Norte".

Es importante señalar que Antenor Orrego no era personaje introvertido ni débil de carácter. Según me contó alguna vez en una entrevista Luis Alberto Sánchez, Orrego era un hombre extrovertido, apasionado y enérgico. Él dejó un testimonio de esa manera de ser y cómo se relacionaban entre sí los poetas del “Grupo Norte” o “Bohemia de Trujillo”, en un comentario para *La Reforma*, firmado el 28 de junio de 1920, dedicado al poemario *Fogatas* de Eloy Espinoza.

Allí nos cuenta cómo eran las reuniones de la “Bohemia de Trujillo” pasada la media noche. Orrego relata: “Fue una noche de plena bohemia y de canción azul. Estábamos Valdelomar, Garrido, yo y dos o tres más. Cruzábanse gallardamente las paradojas, ágiles y gentiles. Fluían las ironías benignas, sonrientes y elegantes. Los espíritus hacían elásticas acrobacias, los cerebros piropeaban con las ideas y los labios formulaban donosos retruécanos y airosas bizarrías verbales. Llegó un momento en que dialogamos yo y él—Orrego se refiere a Eloy Espinoza— los demás eran nuestro auditorio. Estuve acre y extremado. Estuve violento y amargo. Estuve injusto y heridor. Exasperose él y retornó a mis demasías con gentiles y buidos donaires. Subió de tono la gresca moceril, asentuese la acritud de los decires. Chocaron nuestros enfados. Vibraron en el aire las sillas, esgrimidas con más coraje que rencor, y así pudimos descargar aquella súbita tempestad que atormentaba nuestros nervios exasperados. Poco después me abrazaba, lírico y generoso, y mientras se dolía de una cuita pueril y cordial, esforzábame yo en hacerle olvidar, enternecido como un niño, con no sé cuales reflexiones optimistas, alegres y circunstanciales”.

Es interesante recalcar este aspecto poco conocido de la personalidad de Antenor Orrego, donde muestra la hondura de su pensamiento y la gracia poética de su sensibilidad al mismo tiempo que su naturaleza de hombre vital y emotivo; un dilecto camarada como todos los de su grupo poético, que también sabía tomarse unas copas, perder la paciencia y agarrarse a silletazos con ellos para luego abrazarse como buenos hermanos al concluir una noche de bohemia.

4. MAESTRO Y FILÓSOFO

No obstante todo lo anteriormente señalado, Antenor Orrego fue fundamentalmente un filósofo. Dentro de una invariable lealtad al ideario y la práctica del aprismo—del cual, como ya hemos indicado, fue uno de sus pioneros y también uno de sus más tempranos integrantes—, Orrego desarrolló una filosofía social original, una *sociología razonada* con implicancias ontológicas y éticas, que ha ofrecido nuevas perspectivas de reflexión sobre nuestra responsabilidad colectiva como *indoamericanos* y sobre la ética que nos es inherente como individuos partícipes de dicha realidad.

Su obra escrita muestra un ciclo de búsqueda, descubrimiento y desarrollo de una *ontología* de nuestro ser social contemporáneo. El ciclo de búsqueda tiene como hitos los libros *Notas marginales* (1922) y *El monólogo eterno* (1929), cuyos textos hilvanan sentencias breves que el autor denomina apropiadamente *aforísticas*. El ciclo del descubrimiento se centra en su obra clásica *Pueblo-continente: ensayos para una interpretación de la América Latina* (Santiago de Chile, 1939) y el desarrollo ontológico final lo encontramos en el libro póstumo *Hacia un humanismo americano* (1966).

En el libro de ensayos *Pueblo-continente* formula los argumentos más importantes de esa definición ontológica que en las etapas anteriores es tentativa. En este libro clásico el yo, tanto individual como social, no sólo está frente a la necesidad de precisar rumbos e identidades; debe además comprender la urgencia de ser leal a ese reconocimiento.

¿Cuál es el método que sigue la meditación orreguiana? ¿De qué escuela filosófica provienen sus tesis? ¿Detrás de cuáles autores se escuda? A diferencia de los filósofos académicos ceñidos a cánones escolásticos, Antenor Orrego no se escuda tras autor alguno y no teme unir en su razonamiento lecturas que para otros pudieran ser contradictorias. Algunas de las ideas que entrelaza Orrego guardan tensiones recíprocas de manera deliberada.

Leyéndolo encontramos rastros del sentido del deber de las elites benefactoras del Libro VII de *La*

República de Platón. Asimismo el ideal culterano y virtuoso del *Ariel* de Rodó. Tampoco deja de estar presente un racionalismo y hasta un positivismo, similar al de su contemporáneo español José Ortega y Gasset, en el sentido de encontrar una verdad evidente, un destino manifiesto, claro y coherente, en los hechos naturales.

Pero también podemos hallar en las meditaciones de Orrego el vitalismo y la pasión dionisiaca que Nietzsche expresa en *La genealogía de la moral* (1887). La verdad es evidente pero sólo está al alcance de los que viven apasionadamente el dictado de sus intuiciones, acercándose al *élan vital* definido por Bergson en *La evolución creadora* (1907). Orrego cree en el impulso creador dionisiaco y en la verdad –irracional en apariencia– de la voluntad de las masas, en el sentido trazado por Arthur Schopenhauer. La libertad es sinónimo de impulso vital y pasión creadora y esa capacidad de creación alcanza su clímax cuando es una acción de masas, cuando es una acción política liberadora.

Aquí encontramos una distancia abismal entre Antenor Orrego y el Ortega y Gasset de *La deshumanización del arte* (1925) y *La rebelión de las masas* (1930), donde el español condena el libre vanguardismo artístico y sólo ve primitivismo en la acción de las masas. ¿Se contradicen en el pensamiento orreguiano la pasión dionisiaca y el sentido de responsabilidad hacia el destino histórico manifiesto? En apariencia sí, pero Orrego lo resuelve apelando a la experiencia y a la necesidad de perfeccionar la teoría en la acción.

Otro punto de contacto entre Orrego y Bergson reside en el simbolismo. Los individuos y las colectividades crean códigos y señales que resumen su personalidad cultural e identifican sus antecedentes. Los símbolos y demás señales de identidad de

nuestro *pueblo-continente* son, según Orrego, el resultado de su origen mestizo y de su coetaneidad con lo más avanzado del progreso occidental. Es inútil buscar la ruta del futuro en las antiguas y diversas raíces precolombinas o en otros rasgos que nos apartarían de un destino común.

Sobre estos fundamentos, Orrego formula en el presente texto una proposición audaz sobre nuestro *destino-posibilidad* en tanto que *pueblo-continente*: “La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado no es la misma que la de un niño salvaje. [...] Como en las leyes cósmicas, en la historia, también, de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de ésta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud”.

Para Antenor Orrego, nuestro ser latinoamericano tiene rasgos y circunstancias que imponen tareas acordes con un potencial creativo. Nos corresponde una *palingenesis* o renacimiento que sólo podemos encontrar en la acción conjunta, en el engrandecimiento colectivo del *yo continental*. Y debemos volcar toda nuestra creatividad y toda nuestra pasión hacia esa meta. La división, la balcanización de América Latina refuerza el pasado, lo primitivo, lo obtuso, lo contrario al cambio y debilita la posibilidad de identificar nuestro rumbo y verificar nuestro potencial.

Pero no se trata de interpretar a Orrego según los cánones escolásticos. Hay que leerlo sin anteojeras académicas y beber directamente de su sinceridad y su verdad.



El Grupo «Trilce», heredero del Grupo Norte, reunido el 9 de noviembre de 1959, rindiendo homenaje a Antenor Orrego. De izquierda a derecha: Eduardo González Viaña, Manlio Holguín, Juan Paredes Carbonell, Cristóbal Campana, Héctor Alva Centurión, Claudio Espejo [«Claudio Saya»], Santiago Aguilar, Teodoro Rivero-Ayllón, el maestro Antenor Orrego, Walter Palacios Vincés, Miguel Angelats Quiroz, Julio Alarcón Carrera, Alfredo Martínez Vargas [«Macumbambé»], Américo Herrera Calderón, Juan Morillo Ganoza y Armando Reyes Castro.



Antenor Orrego firmando autógrafos al finalizar el conversatorio sobre César Vallejo, en la Biblioteca Municipal de Trujillo, el 9 de noviembre de 1959.